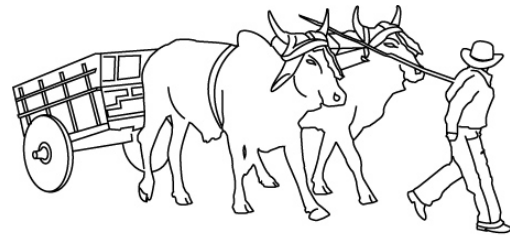




MUSEO NACIONAL  
DE COSTA RICA



**El Boyeo y la Carreta**

Exhibición en línea

## La Carreta

Francisco Zúñiga Díaz

Dentro de poco se llevarán la carreta.

-¡Agustín! (casi no fue palabra. Si hubiera podido llorar, se desborda).

-Ya, mujer. Ya, ya – contestó el marido-

Agustín sintió su lástima en la garganta. Tragó fuertemente y carraspeó. Empezó a pensar. Podría, alargándose en los mostazales, decir que la carreta fue el principio. En ella Teresa y él juntos ya para siempre, doblegaron el zacatal para hacer después trillo. Se adentraron potrero adentro, hasta el Playón. El Río Barranca roncaba los tumbos de su aguacero deshecho en agua sucia.

Pasaron la noche bajo el manteado, en la carreta. Por la ojiva de la compuerta el cielo era más cielo, más lleno de estrellas. Parecía que después del desborde salieron brillantes, llanecitas de lluvia...

Al día siguiente partirían, en la mañana, cuando el río ya sereno se hubiese vaciado al mar.

(Ahora la carreta saldrá del corredor. Esa es la preocupación de Teresa y la lástima de Agustín. Tal vez sea nostalgia, porque los recuerdos se desgajan:

-Se encariña uno y le da cabanga. Es como si me quitaran a Teresa- piensa Agustín).

Se fueron al amanecer. Las ruelas de la carreta, al romper el río, cerraron remolinos de corriente. Los bueyes, aliviados por el desenyugue y el pasto, halaron suavemente. Al paso por el río se revolvían pedruscos.

Un garrobo perezoso se llenaba del sol de invierno.

Por el camino a San Jerónimo contemplaron la montaña.

-Ya hoy no llueve (la voz de Agustín). Teresa no dijo nada.

-¿Estás contenta? (Ella respondió con una sonrisa).

Allí en San Jerónimo, pensaba Agustín, clavaría las estacas en donde amarrarían su nueva vida. Más tarde tendrían que hijear allí.

-Bonito es San Jerónimo.

Yo estuve ahí hace mucho, una vez que me vine de Heredia.

-¿Cuánto hace? Preguntó Teresa.

-Cuatro años.

Los dos se callaron. Agustín pensó que si se hubiese quedado en San Jerónimo no hubiera vuelto ahora con Teresa. Para él era encontrarse ya con un conocido: volver a un retazo de su pasado con una esperanza repleta.

Teresa pensaba que al segundo hijo le llamaría Jerónimo. El primero no, que tendría que llamarse Agustín.

La carreta, al entrar al poblado, hacía dibujos de ruedas entre los barreales.

De las casas, regadas por allá, salían a curiosear los moradores. El día, surgido de las nubes de agua, vanía fresquito.

(Dentro de poco se llevarán la carreta. Saldrá del corredor el ataúd con el cadáver de Agustín, el mayor de los hijos. A Teresa, seguro, se le desgarrará adentro su sentimiento contenido y un desborde de llanto se le convulsionará, impotente de detenerse más. Agustín está apenado también. Pero la carreta saldrá hundiéndose

paralelas, como si en vez de marcas los surcos maceraran toda su vida, que tuvo su principio con la carreta).

En San Jerónimo hizo su terreno. Construyó su casa, formó eras, sembró y sacó cosechas. Allí nacieron sus hijos. Junto a la casa, su cobertizo entejado para la carreta. Ella fue su auxiliar, así como Teresa su consuelo. De tanto darle y darle al trillo formó calle: de la finca al pueblo, del pueblo al regazo de Teresa, del regazo de Teresa, al cañal, al trapiche, a la cosecha.

Para el bautizo de Agustín, el hijo mayor, la carreta, contra las piedras, tiraba redondeles de música sonora. En ella fueron al pueblo: a comprar zarazas para Teresa, una chupeta para el chiquillo, maíz, canfín, sustento. Y volvió ya de noche con tres bajo el manteado:

-Hace un año vinimos dos- dijo Agustín a Teresa en un descanso en el camino.

Agustín el hijo, sonrió apaciblemente.

(Ya no debe tardar Marcelo que tiene que llevarse la carreta. Ya es más del mediodía y si quiere que no lo tome la noche, debe pasar el Barranca en la tarde, que estará flojo de agua).

-¿Y qué? Si no viene hoy llega mañana (la voz tiene apariencia de consuelo).

Y a Agustín le sigue doliendo que se lleven la carreta. Es por él, por Teresa, por su vida.

Y ya Teresa no volvió a insistir. Ya dejó su mirada de súplica, de nostalgia. Pero Agustín la sigue sintiendo:

-“¡Cómo es posible que no diga nada! ¡Cómo es posible que no se oponga! ¿Cómo quisiera que llorara!”

Agustín quiere que llueva; quiere llover él mismo: hacerse un temporal de lágrimas y junto a Teresa, cantarle un adiós a la carreta.

Se fueron creciendo los hijos: Agustín, Jerónimo, Teresa, Josefina.

Cada nuevo retoño era una raíz prendida al humus de San Jerónimo, a tierra cálida a la que llegó con Teresa y la carreta.

Un día fatal murió Agustín, el hijo. Lo destripó un árbol en la montaña, cuando apenas llegaba a los dieciséis años.

La carreta sacó el cadáver al pueblo. Su canto, de regreso por pedregales, era un acorde muerto.

La fatalidad los hería, y ello, que sintieron desprenderse una rama del higuérón que se habían hecho, siguieron la rutina de su vida amarga, ya con historia.

Los otros crecían bien. Ayudaban a Agustín los varones y a Teresa las chiquillas.

Se llenó la casa de música nuevamente.

En las noches de marzo u otras de luna, iban en la carreta hasta el río, para verla sumergirse en la corriente que se ponía serena para hacerse espejo.

(Parece que va a llover y es posible que Marcelo no venga).

-Tere- le dijo suavemente a la esposa, ya Marcelo no llega hoy,

-¿Quién dice?

-Va a llover.

Un trueno en la lejanía comprobó lo dicho. El aguacero, en los lagrimales de las nubes pugnaba por extirpar lo goterones uno a uno.

-El problema es la palabra... (musita Agustín).

(Teresa no dice nada).

- Es parte del trato con Marcelo. El me vendió el tractor y yo le cedí la carreta.

(Lo dice como para justificar su decisión). Es parte del pago y es... mi palabra. Porque yo siempre cumplo lo que ofrezco, aunque nos lastime a los dos.

Teresa no pudo soportar un sollozo. Era lo que esperaba Agustín. La tomó del brazo, la atrajo hacia su cuerpo y la besó tiernamente primero, con pasión después.

- Mañana me voy a Esparta, Teresa. Si viene Marcelo le decís cualquier cosa. Cogé los doscientos pesos de la hipoteca y se los das. Dios proveerá para el fin de mes, en que debemos pagar al Banco.

La carreta es parte de nosotros Teresa, y no podemos permitir que nadie se la lleve, ¡aunque tengamos que devolverle el tractor!

Por las mejillas de Agustín se resbalaron las lágrimas. Teresa estaba repleta de ellas, como los goterones del aguacero, hace muchos años, en Playón del Río Barranca, cuando decidieron venirse a hijear hijos y cosechas.  
Una boda...

**Fuente:** Constantino Láscaris y Guillermo Malavassi. La Carreta Costarricense (San José, Editorial Costa Rica, 1985), p.138.